



«Cambia mi vida»

«**S**i existes, cambia mi vida». Esta fue la sencilla oración de un adolescente frustrado que se sentía atrapado en hábitos de los que no podía liberarse.

Mikael creció en un hogar cristiano en Finlandia, siendo adventista del séptimo día de cuarta generación por parte de su padre. Su madre descubrió la fe adventista gracias a unas reuniones evangelísticas poco después de casarse con el papá de Mikael. Cuando más tarde se enteró de que estaba embarazada, le hizo una promesa en silencio a Dios: «Dedicaré este niño a tu servicio».

De pequeño, Mikael supo de esa dedicación, aunque no la entendía del todo. Recuerda que a los tres años jugaba a ser pastor y celebraba «servicios de adoración» en la sala de su casa. Se bautizó a los once años y tenía una gran sensibilidad hacia la dirección de Dios. Pero poco después, su familia se mudó a una zona rural de Finlandia, donde la iglesia adventista era pequeña y Mikael se sentía aislado, tanto como creyente como por formar parte de una minoría étnica.

En su desesperación por ser aceptado, empezó a fumar, a beber y a salir de fiesta en sus primeros años de adolescencia. Los fines de semana transcurrían en un ambiente de alcohol, y a veces los sábados se lo veía sentado en la última banca de la iglesia, con resaca. Nunca dejó de creer en Dios, pero se sentía dividido entre la fe y la atracción del mundo.

Los campamentos de verano adventistas se convirtieron en su salvación. Cada año, Mikael sentía que volvía a acercarse a Dios, pero en cuanto regresaba a la escuela, la fuerza de voluntad por sí sola no bastaba

para cambiar sus hábitos. A los quince años, su lucha llegó a su punto más bajo. «Tomé decisiones de las que me arrepentí profundamente —recuerda—. Me sentía como si estuviera librando una batalla espiritual».

En uno de los campamentos, Mikael escuchó a un orador invitado compartir su testimonio de transformación. Sentado en la última fila, Mikael pensó: *Cuando tenga veinticinco años, pondré mi vida en orden*. Incluso entonces, bajo toda esa confusión, intuía que había un llamado silencioso: un propósito que no podía explicar del todo, pro del que tampoco podía escapar.

El punto de inflexión no llegó a través de la autodisciplina, sino de la entrega.

Una noche, ya bien entrada la madrugada, tras otro fin de semana de fiesta, Mikael se miró en el espejo de una estación de tren y se preguntó: *¿En qué me estoy convirtiendo?* De vuelta en su habitación de la residencia, oró de todo corazón: «Dios mío, me encanta este estilo de vida. Ni siquiera quiero cambiar. Pero si tú quieres, tienes mi permiso para hacerlo».

Poco después, volvió a orar: «Si existes, cambia mi vida».

Y Dios respondió, no con una emoción espectacular, sino con una transformación silenciosa. Mikael se dio cuenta de que anhela algo diferente. Dejó sus malos hábitos y empezó a pasar tiempo con amigos que se tomaban la fe en serio. Una tarde, después de orar con ellos, no sintió ningún torrente de emociones y, sin embargo, todo cambió. «No sentí nada en particular —dijo—, pero nunca volví a ser el mismo».

Poco después, Dios empezó a ponerlo a prueba de formas inesperadas. Una tarde

Cápsula informativa

- El oso pardo es el animal nacional de Finlandia. El ave nacional es el cisne, la flor nacional es el lirio de los valles y el árbol nacional es el abedul plateado.
- En Finlandia hay más de 168 000 lagos y 179 000 islas.
- Laponia es la región más grande y más septentrional de Finlandia, situada parcialmente en el Círculo Polar Ártico. El nombre finlandés de Laponia es Lappi y en sueco es Lappland.
- Finlandia lleva siete años consecutivos en el primer puesto del índice de los países más felices del mundo.
- En Finlandia hay unas tres millones de saunas: eso significa una sauna por cada dos finlandeses.
- Los colores de la bandera finlandesa representan el azul de los lagos y el blanco de la nieve.

de sábado, mientras estaba aburrido y deambulaba por un centro comercial, Mikael sintió el impulso de hablar con unos desconocidos sobre Dios. Aunque se sentía poco preparado, obedeció. A medida que hablaba, la fe que antes le parecía lejana de repente se hizo realidad. «Era como si Dios me estuviera enseñando mientras hablaba», dijo.

Esa experiencia marcó el comienzo de su camino hacia el ministerio.

Después de terminar la secundaria, Mikael se unió a un programa de formación misionera en Australia. Allí empezó a gestarse un sueño: fundar una iglesia en su país natal, Finlandia. En 2019, se puso en contacto con los líderes de la iglesia y participó en los primeros pasos para poner en marcha un nuevo ministerio en Helsinki.

Y entonces llegó 2020.

La pandemia frenó los planes, separó a Mikael de su novia en el extranjero, agotó sus finanzas y lo sumió en un profundo desánimo. Sin dormir y aislado, se preguntaba por qué Dios le había dado tanta esperanza, solo para quitársela. Sin embargo, incluso en esa época, Dios seguía trabajando en silencio.

Ese verano se formó un grupo pequeño. De repente, apareció una casa disponible. En agosto de 2020, la Casa Oikos abrió sus puertas.

Lo que empezó como un pequeño paso de fe se ha convertido en una nueva iglesia adventista del séptimo día llena de vida. Cada sábado, los jóvenes se reúnen en la casa para estudiar la Biblia, adorar, compartir comidas y pasar tiempo juntos. Asisten personas de orígenes muy diversos —más de treinta nacionalidades— y se crea un espacio cálido y acogedor donde la fe cobra vida.

En los últimos seis años, cientos de personas han pasado por la Casa Oikos. Muchos han decidido bautizarse. Otros han fortalecido su fe y han asumido roles de liderazgo. Los jóvenes que antes buscaban un lugar al cual pertenecer han encontrado una familia espiritual.

Mikael ahora ve claramente la mano de Dios. Hoy en día, la Casa Oikos se está quedando pequeña. El sueño es ahora más grande: fundar otra iglesia y preparar a una nueva generación de jóvenes líderes que sirvan en toda Finlandia y más allá.

Parte de la ofrenda de este trimestre se destinará a apoyar futuras iglesias que surjan a partir de la Casa Oikos: lugares donde se viva la fe alrededor de la mesa, se hagan oraciones poderosas y se transformen vidas.

Y es que, a veces, lo único que Dios necesita es un corazón dispuesto... y una sencilla oración: «Si existes, cambia mi vida».